

**Sed siempre amantes de Dios,
de vuestras almas
y de todas vuestras hermanas (Ben 14)**

I

m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.

Monasterio Santa Clara

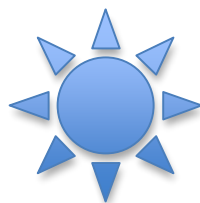
Via Vitellia, 97

00152 ROMA RM

**Monasterio de la Inmaculada
Hermanas Pobres de Santa Clara**

Monzón (Huesca, España)

Traducción al español: Luis Prensa Villegas



***Sed siempre amantes de Dios, de vuestras almas
y de todas vuestras hermanas (BenCla 14)***

I

m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.

Introducción

Hablar de santa unidad, al igual que hablar de la más alta pobreza, es hablar del corazón de nuestra vida. En la altísima pobreza podemos ver su raíz, la intuición originaria, como nos sugiere la palabra evangélica que fundamenta nuestro seguimiento y a la que se refiere Clara en el cap. II de la *Forma Vitae*: *Dígasele la palabra del santo Evangelio, que vaya y venda todas sus cosas y se aplique con empeño a distribuirlas a los pobres* (RCI II, 8). En la santa unidad podemos ver la meta, el destino final, como indica la misma Clara en el cap. X -por tanto, al final de esa parte central de la *Forma vitae* que contiene el corazón carismático de nuestra vida- cuando nos pide ser *siempre solícitas en conservar entre ellas la unidad del amor mutuo, que es el vínculo de la perfección*. (ib., X, 7). Si la perfección está en ser pobre -recordemos que en el Evangelio la cita del cap. II va precedida por la invitación al joven rico: *Si quieres ser perfecto [...]* (Mt 19,21)-, la caridad es realmente el *vinculum perfectionis*, es decir, lo que mantiene unidas todas las virtudes, lo que da culminación, plenitud, a toda la vida espiritual de la persona.

Esto para decir, desde el principio, que estamos a punto de hablar de algo muy importante para nosotras, estamos a punto de hablar del horizonte hacia el cual hacer orientar toda nuestra vida. Entonces, ¿cómo hablar de ello? Hay diferentes caminos, pero he elegido uno con el que me identifico porque es evangélico y, por tanto, profundamente franciscano-clareano.

El Evangelio de referencia es la respuesta de Jesús al doctor de la Ley que le pregunta cuál es el *gran mandamiento*. Jesús dice:

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente, este es el gran y primer mandamiento. El segundo es semejante a aquel: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22, 37-39).

Creo poder decir que nuestra madre santa Clara tiene este Evangelio ante los ojos de su corazón y de su mente cuando nos bendice con las palabras con las que he querido titular estas reflexiones: *Sed siempre amantes de Dios, de vuestras almas y de todas vuestras hermanas* (BenCla 14).

Clara, por tanto, y Jesús antes que Clara, nos muestran ellos mismos un camino para llegar a la santa unidad: amor a Dios, amor a sí mismo, amor a las hermanas. No creo que sea correcto, evangélicamente, hablar de amor fraterno sin hablar primero de cuál es su fuente, el amor de Dios; no se puede pasar directamente al segundo mandamiento, sin considerar antes el *gran y primer mandamiento*. De nuevo, no se puede hablar de amor fraterno sin antes haber aceptado las muchas y variadas exigencias de nuestro ser *carnal* -por definirlo a la manera de Francisco (cf. 2Cel 134)- que a veces afectan incluso profundamente nuestra capacidad de dar amor en comunidad.

Así que este es el camino que tomaremos:

- volveremos al misterio de Dios Trinidad, tratando de contemplarlo con los ojos de Clara, para redescubrir una vez más cómo Él nos ha amado y nos ama continuamente primero (cf. 1Jn 4, 10);

- luego intentaremos comprender cómo Clara, dejándose amar por Dios, aprendió a amarse a sí misma, es decir, a tener una relación equilibrada y serena, justa de justicia evangélica, con su propia persona;

- en este punto tal vez podamos comprender algo más de la vida fraterna en San Damián, de cómo Clara supo trabajar con paciencia y tenacidad para crear un tejido fraterno donde realmente resplandeciera el misterio de la santa unidad.

1. AMANTES DE DIOS

Cuando Francisco observa el primer grupo de hermanas que se han reunido alrededor de Clara y las ve fuertes bajo la cruz, capaces no solo de soportar pruebas, penalidades y tribulaciones, sino incluso de considerarlas una verdadera bendición (cf. RCl VI, 2), describe en pocas palabras y preciosas, tan preciosas para Clara que las encaja en el cap. VI de su *Forma vitae*, definiéndola *Forma vivendi*. La definición es interesante: la *forma* que Francisco observa en las primeras hermanas es una *forma* trinitaria, es decir, las ve en su relación con el Padre, el Hijo y el Espíritu. Y por eso es una *forma* profundamente mariana.

Considero que para entender - y más aun vivir, ¡que es lo que más importa! – el misterio de la santa unidad en nuestra vida cotidiana, debemos entrar aquí, debemos entrar en el círculo de amor de la Stma. Trinidad, a la manera de Clara y de las hermanas. Por otra parte, esta es también la enseñanza conciliar: según *Lumen gentium* 2, *la Iglesia se presenta como un pueblo cuya unidad deriva de la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo*. Por tanto, cada porción de la Iglesia, incluso la pequeña porción representada por nuestras comunidades, extrae de aquí su capacidad de unidad. Y el Cardenal Rainaldo en su carta de aprobación a nuestra *Forma Vitae* define la unidad como *santa* (BolCan16) precisamente por eso, porque bebe de la santidad de Dios mismo; no es algo humano.

Esto ya debería ayudarnos a afrontar la santa unidad con una actitud interior particular. No es algo que se construya primeramente con nuestro esfuerzo humano, aunque, como veremos, también lo necesitamos. La primera aproximación debe ser de apertura de la fe, de humilde aceptación de un don de lo alto. La santa unidad es fruto de un camino espiritual, con todo el significado que este término tiene en la lógica de la encarnación: en el cristianismo no hay nada espiritual que no involucre profundamente nuestra carne y que no nos pida una respuesta que atañe a toda nuestra persona

Detengámonos a contemplar lo que el mismo Francisco contemplaba en aquellos inicios de la vida de nuestra Orden, y hagámoslo relejendo juntos el fragmento de la *Forma vivendi* contenido en la *Forma vitae*:

Ya que por divina inspiración os habéis hecho hijas y siervas del altísimo y sumo Rey, el Padre celestial, y os habéis desposado con el Espíritu Santo, eligiendo vivir según la perfección del santo Evangelio, quiero y prometo tener siempre, por mí mismo y por mis hermanos, un cuidado amoroso y una solicitud especial de vosotras como de ellos (RCI VI, 3-4).

Me interesa aquí llamar la atención sobre la relación de Clara y de las hermanas con las Tres Divinas Personas, porque es esta red de relaciones lo que Francisco ve cuando las observa. Francisco no se da cuenta de que se llevaban tan bien, aunque esto también era cierto: inmediatamente va a la fuente del trato, que es el amor trinitario.

Por ello adentrémonos un poco en estas tres relaciones para ver cómo pueden afectar a nuestra vida espiritual, teniendo siempre presente que lo que viene del Espíritu nos afecta de cerca en la totalidad de nuestra persona. Al entrar en las tres relaciones

tenemos presente la figura de María; tengámoslo presente, porque el mismo Francisco lo tuvo presente al mirar a Clara, como lo demuestra la muy comentada sinopsis entre nuestro breve pasaje y la antifona del Oficio de la Pasión: *Santa Virgen María, ninguna mujer nacida en el mundo es semejante a ti, hija y sierva del Altísimo Rey, Padre Celestial, madre del Santísimo Señor Jesucristo, esposa del Espíritu Santo [...]* (FF281).

La divina inspiración

Reparemos inmediatamente el comienzo de Francisco: la *divina inspiración* es la causa primera (*ya que [...]*), todo surge de la intervención de Dios en nuestra vida. Y Clara lo sabe bien, hasta el punto de que también ella, recordando su origen, lo describe como la intervención del Altísimo Padre Celestial que iluminó su alma (cf. RCI VI, 1).

Debemos recordar siempre que si estamos aquí es por vocación, no por iniciativa personal. Es porque el Espíritu del Señor se posó sobre nosotras, lo mismo que sobre la Virgen en la Anunciación (cf. Lc 2,35). Hemos respondido a una invitación del Espíritu; esto debe mantenernos siempre en diálogo, en relación, con Alguien. Y será la vivacidad de nuestro diálogo con Él lo que determinará la calidad de nuestra vida, y, por tanto, también de nuestras relaciones, en el seno de la comunidad. Por eso es bueno *ver siempre nuestro principio*, nuestro *principium* (cf. 2Agn 11), como sugiere la misma Clara a Inés de Praga, porque nos remite a la frescura de la fe de los primeros tiempos, cuando el diálogo con Él era vivo y vital: Creo que esto solucionaría mucho el agobio de nuestro día a día con todas las consecuencias que ello conlleva. Recordemos a menudo ese primer diálogo con Él: si nos tocó aquella vez así, si se dirigió a nosotros de esa manera precisa que solo nosotros podemos reconocer, lo volverá a hacer. Así que vamos a buscarlo así, para no perderlo. A este respecto, pensad en el episodio de la Magdalena en el sepulcro (cf. Jn 20, 11-18).

Hijas y siervas del Altísimo sumo Rey, el Padre Celestial

La primera relación fundamental es la del Padre. La psicología hoy nos dice que las relaciones parentales son fundamentales para definir la personalidad: no hacía falta la psicología, basta nuestra fe, esa fe bautismal a la que Clara intenta permanecer fiel durante toda su vida, hasta el punto de que antes de morir *hizo su confesión, tan hermosa y buena, [...] porque dudaba (no) haber ofendido en algo a la fe prometida en el*

bautismo (Proc III, 23). En efecto, en el bautismo nos hacemos hijos en el Hijo, recibimos a Dios como padre. Si tuviéramos siempre presente con claridad este misterio en toda su profundidad, podríamos resolver más rápidamente los muchos problemas que surgen de una relación incorrecta con las figuras paternas: si el padre de carne y sangre puede tener límites, Dios Padre, no, ¡Él es bueno, misericordioso y justo!

Es muy bella la forma en que Francisco define la relación de Clara con el Padre: se mueve como entre dos polos, la filiación y el servicio. Filiación del Padre, servicio del Rey, es una intuición brillante y llena de ideas para nuestra vida espiritual.

Somos hijos del Padre: aquí está en juego ese abandono confiado y sereno en Sus manos que Clara lleva al extremo con la petición del Privilegio de la Pobreza:

Quien alimenta las aves del cielo y viste los lirios del campo, no os faltará en cuanto al alimento y al vestido, hasta que, pasando Él, se os dé a sí mismo en la eternidad (Priv6).

De nuevo, al final de su vida, le hará pronunciar esas espléndidas palabras que son la coronación de este espíritu de filiación:

Ve segura, porque llevas buena escolta para el viaje. Ve, porque aquel que te creó te santificó; y, guardándote siempre, como la madre al hijo, te ha amado con amor tierno. Tú, Señor -prosigue-, seas bendito porque me creaste (LCI 46).

Clara se siente protegida, custodiada: este es el secreto de sus elecciones audaces y valientes, de su capacidad de oponerse incluso al Santo Padre, cuando está en juego la radicalidad del Evangelio. También Clara, como Francisco (cf. 2Cel 12), encontró otro Padre al que obedecer y encomendarse.

Pero Dios también es Rey, Rey supremo. Y de un rey se es sierva. Ser sierva de un gran rey, en la visión caballeresca medieval, es un gran privilegio, un honor. Honor que Clara siente profundamente, como se manifiesta varias veces en sus cartas a Inés (cf. CtaClara2 1. 5-7; CtaClara3 1; CtaClara4. 4.27), y que ciertamente la empuja no a la vanagloria, sino a una humildad aun mayor en el servicio, como las fuentes atestiguan ampliamente (cf., por ejemplo, LCI 12). El respeto nace de la conciencia de ser siervas, ese temor reverencial que es el temor de Dios, don del Espíritu que nos educa a vivir la minoridad, en la dependencia.

Estos dos polos deben mantenerse siempre en sana tensión entre ellos, para vivir correctamente nuestra fe bautismal. La confianza de los hijos sin el respeto corre el riesgo de hacernos caer en una actitud inmadura, superficial, exigente con Dios, la actitud de los niños mimados que no pueden tolerar las frustraciones, esas frustraciones necesarias para un sano crecimiento. De nuevo, se corre el riesgo de generar esa familiaridad excesiva, por la que regularizo mi fe a mi manera, pues Dios me perdona siempre porque es mi padre.

Por el contrario, el miedo sin confianza genera una actitud de miedo, formada por continuos sentimientos de culpa, tensiones internas, rigidez.

La actitud sana radica en el equilibrio entre los dos polos, lo que no quiere decir que exista un punto medio preciso, donde pueda establecerme en paz; significa en cambio que de vez en cuando, en los diferentes momentos del camino, tendré que luchar para elegir, para discernir. Dios es siempre Padre y siempre Rey; prevalecerá una u otra prerrogativa según donde me encuentre y lo que el Padre sepa que necesito en ese momento.

Esposas del Espíritu Santo

Es hermosa la mirada de Francisco sobre el desposorio de Clara y, por tanto, sobre nuestra sponsalidad. De manera insólita, en comparación con toda la tradición que ve en nosotras a las esposas de Jesús, Francisco abre esta perspectiva que da un amplio y pleno aliento de vida a nuestra consagración, porque el Espíritu, como el viento, sopla donde quiere, y no sabes de dónde viene ni adónde va (cf. Jn 3, 8). Si Jesús es el Verbo hecho carne, el Espíritu es incorpóreo, y precisamente por eso *único, múltiple, sutil, ágil, penetrante [...], que todo lo puede y todo lo controla, que penetra a través de todos los espíritus [...], es más rápido que cualquier movimiento, por su pureza se esparce y penetra todo* (Sb 7, 22-24).

Ser esposas de un Dios así nos sitúa en una vida dinámica que no admite lentitud ni retrasos. El Espíritu es Quien guía a la Iglesia hacia la parusía, hacia el regreso glorioso de Cristo: ser sus esposas significa estar vitalmente implicadas en esta tensión dinámica, que siempre nos empuja más allá de lo real, más aun, a menudo nos pide transgredir lo real -o mejor, lo que a veces parece tal según criterios reduccionistas, mundanos precisamente en el sentido de no espirituales- para poder captar la novedad

que Dios quiere operar continuamente en su Iglesia para mantenerla eternamente joven y capaz de diálogo con el hombre de todos los tiempos.

Me parece que la función profética que ejerció Clara en su tiempo, su capacidad de prever la llegada de un tiempo nuevo para el monacato, traduciendo la novedad que el Espíritu había confiado a Francisco para una vida femenina en clausura, reside precisamente en esto, en la apertura continua a la *inspiración divina* (RCl 1; VI, 3), como origen fundador de la vida de la Iglesia después de la Pascua. He aquí, pues, la fuente de nuestra función profética en la Iglesia y en el mundo de hoy, pero antes incluso en nuestra propia comunidad: estar en sintonía con la voz del Espíritu.

¿Cómo alcanzarla? En este sentido, ofrezco una simple comparación. Piénsese en lo que les sucede a dos cónyuges que viven juntos toda una vida: al final el hecho de entenderse es algo automático, incluso en lo tácito, en intuir las emociones y deseos del otro... Si somos esposas del Espíritu, así debe ser con Él: debería lograrse una vida de unión tan profunda y consolidada que se comprendiera inmediatamente lo que está en sintonía con el Espíritu y lo que no. Esto es probablemente lo que ve Francisco al observar a las primeras hermanas: docilidad a la acción del Espíritu, una docilidad tal que le lleva a pensar en una unión tan íntima entre ellas y el Espíritu como la que solo se produce en la unión esponsal.

Por tanto, es necesario familiarizarse con el Espíritu, viviendo en una actitud de continua vigilancia y continua verificación. Vigilancia para percibir su paso, a veces imperceptible. Recordemos a la madre santa Clara:

Y una vez retiradas estas a reponer sus cansados miembros sobre duras camas, ella permanecía en oración, despierta e infatigable, para recoger entonces furtivamente la vena del divino susurro mientras el sueño se había apoderado de las otras (LCI 19).

Debemos *perder tiempo* con Él, hacer silencio dentro hasta que su voz se haga perceptible.

Verificar para entender si hemos secundado o no sus llamadas, en la humildad de reconocer cuando hemos seguido el espíritu de la carne, para así remediar, o al menos evitar, volver a caer en el error en el futuro.

Vivir según la perfección del santo Evangelio

Intentemos ahora entrar en el misterio de nuestra relación con el Hijo, con Jesús. Nuestras Constituciones nos dicen que

la vida según la perfección del santo Evangelio, que constituye el carácter específico de nuestra Orden, es para Francisco y Clara la misma persona de Jesucristo (CCGG art. 3§1).

Si miramos luego la sinopsis entre la *Forma vivendi* y la antífona del Oficio de la Pasión, vemos que *vivir según la perfección del santo Evangelio* equivale a ser *madre de nuestro santísimo Señor Jesucristo*. Hay, pues, un estrecho paralelismo entre el Santo Evangelio y la Persona del Hijo, del que Francisco ve a Clara como madre, a la manera de María. Otro texto de Francisco puede ayudarnos:

Somos madres cuando lo llevamos en nuestro corazón y en nuestro cuerpo a través del amor y la conciencia pura y sincera, y lo generamos con una obra santa, que debe resplandecer como ejemplo para los demás (2LFed 53).

Ser madres significa llevar en el cuerpo y en el corazón, y luego generar, dar a luz. Inmediatamente me viene a la mente lo que Clara le dice a Inés:

Por consiguiente, así como la gloriosa Virgen de las vírgenes lo llevó materialmente, así también tú, siguiendo sus huellas, ante todo las de la humildad y pobreza, siempre puedes, sin duda alguna, llevarlo espiritualmente en tu cuerpo casto y virginal (CtaClara3 24-25).

Subrayo los dos verbos de estas dos últimas citas: *llevar* y *generar*, que resumen bien el camino de esta relación maternal de Clara con la Persona de Jesús.

Llevar significa acoger a Jesús en la propia vida, acoger su misterio, *en el cuerpo y en el corazón*. Se abre como María, en la Anunciación, para acoger esa semilla de vida que se deposita en su seno, aceptando abrirse a un misterio que la trasciende y que le es confiado para llevarlo a cabo. También para Clara: la *divina inspiración* le pide igual-

mente a ella que se abra para acoger una obra (el Espíritu es sumamente concreto...), que se inicia en ella y que le pide de modo particular el asentimiento de la fe. El *sí* de Clara, como el *sí* de María, es un *sí* que nunca será dicho de una vez por todas, pero que, en la historia de San Damián, pedirá ser renovado continuamente, día tras día, frente a la novedad que el Espíritu estaba obrando. Y con cada *sí* cobra vida un fragmento de la historia de la salvación que el Espíritu quiere hacer con Clara; Jesús cobra vida para ser entregado de nuevo a la Iglesia y al mundo.

Generar. Francisco dice que generamos a Jesús *a través de la obra santa, que debe brillar como ejemplo para los demás*. Ese Jesús que Clara lleva en el cuerpo y en el corazón es dado a luz en obras concretas y visibles. Ese Jesús que tenemos dentro de nosotros es realmente Jesús si en algún momento se ve a través del testimonio de nuestro *santo obrar*. Vivir el Evangelio es así hacer obras evangélicas; somos madres de Jesús en la medida en que somos madres de tareas evangélicas. Aquí está toda la concreción de nuestra vida evangélica. Como nos pide la Madre Santa Clara: *Mostrad fuera con vuestras obras el amor que tenéis dentro* (TestCl 59).

Una última aclaración. ¿Por qué Francisco habla de *la perfección del santo Evangelio*? Aquí es el mismo Evangelio el que nos ayuda, en el episodio del joven rico, que es el fundamento de nuestra vocación y que ya he mencionado en la introducción: *Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; ¡y ven y sígueme!* (Mt 19, 21). La *perfección* consiste en seguir a Jesús en la pobreza, desnudo. *Abraza, virgen pobre, a Cristo pobre* (CtaClara2 18), diría Clara a Inés de Praga. Sin embargo, dijimos que el *vínculo de perfección* (RCl X, 7), tanto para Clara como para san Pablo, es la caridad, la santa unidad.

La perfección de nuestro vivir evangélico consistirá en nuestra capacidad de vivir el Evangelio como pobres y como hermanas, que es precisamente el corazón, el centro, de nuestro carisma.

Por tanto, Clara es hija y sierva del Padre, esposa del Espíritu, madre de Jesús; y nosotras con ella, siguiendo su ejemplo, fortalecidas por el don que recibió del Espíritu y que nos dejó como herencia. Me parecía importante definir las tres relaciones trinitarias de Clara, porque las relaciones dentro de la fraternidad, aquellas relaciones cuyas dinámicas forman -o deforman- la santa unidad de la fraternidad, son un reflejo de estas relaciones. Creo que nuestras relaciones serán tanto más sanas, auténticas, libres, ale-

gres, cuanto más pueda vivir individualmente cada hermana estas tres relaciones con fe y amor.

Por eso precisamente en el siguiente paso queremos ver la respuesta de Clara al don de Dios Trinidad y, a través de ella, la posible respuesta de cada una de nosotras, conscientes de que hasta que no nos hayamos reconciliado con nosotras mismas, con nuestra humanidad, nos será difícil saber amar a nuestra hermana.

2. AMANTES [...] DE VUESTRAS ALMAS

Recordábamos que Jesús nos pide, en el segundo mandamiento, *amarás al prójimo como a ti mismo* (Mt 22, 39). Me parece que uno siempre se desliza con demasiada ligereza por ese *como a ti mismo*, que es, en cambio, un paso fundamental. Si consideramos con honradez interior todas nuestras dificultades en las relaciones, nos veremos obligadas a reconocer que, si no todo, seguramente mucho depende de una relación con nosotras mismas que no funciona. La otra puede no funcionar, eso es cierto: pero si yo funciono bien, seré capaz de manejar el mal funcionamiento de la otra de una manera madura y evangélica.

Clara sabía bien esto. Cuando describe su inicio como *comenzar a hacer penitencia* (cf. RCI VI, 1), nos dice inmediatamente cuál fue el motivo dominante, la columna vertebral de su vida: la *metanoia*, la conversión, como trabajo continuo y paciente sobre sí misma para mortificar lo que era de la tierra, y suscitar en ella lo que era del Cielo. Volved a leer con esta mirada todo el capítulo 3 de la carta a los Colosenses, y tendréis una idea de lo que fue la vida de Clara en San Damián, de lo que, por tanto, debe ser también nuestra vida, de nosotras llamadas a caminar por su mismo camino:

Si habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba [...] Aspirad a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque habéis muerto, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios [...] Muera entonces lo que es de la tierra. Despojaos del hombre viejo con sus obras, y revestíos del hombre nuevo, que se va renovando hasta alcanzar un conocimiento perfecto, según la imagen de su Creador (Col 3, 1-5.9-10).

Renovarnos a imagen de Dios: esta es nuestra *obra*, antes que ninguna otra. ¿Cómo la vivió Clara?, ¿por qué vías? Obviamente nos lo preguntamos a nosotras mismas

para poder ir también nosotras a través de ellas. Me parece indicativo comprender cuál fue el camino de Clara, considerar el desenlace final, recordando las palabras con las que saluda a esta tierra mientras va camino del cielo. El biógrafo escribe:

La virgen santísima, vuelta hacia sí misma, habla quedamente a su alma: «Ve segura -le dice-, porque llevas buena escolta para el viaje. Ve -añade-, porque aquel que te creó te santificó; y, guardándote siempre, como la madre al hijo, te ha amado con amor tierno. Tú, Señor -prosigue-, seas bendito porque me creaste». Preguntándole una de las hermanas que a quién hablaba, ella le respondió: «Hablo a mi alma bendita» (LCI 46).

Las últimas palabras de Clara están dirigidas a su propia alma. Clara está orando, porque alaba al Señor reconociendo su acción en su propia vida; pero reza hablando consigo misma. Como el salmista: *Bendice, alma mía, al Señor, del fondo de mi ser bendice su santo nombre* (Sal 103, 1). Esto me llama mucho la atención, porque me parece un signo seguro de la relación serena que Clara había logrado consigo misma. El momento de la muerte es un momento preciosísimo, en el que cada cual se revela tal como es, como dice el Eclesiástico: *cuando el hombre muere, se revelan sus obras* (Sir 11, 27). Y Clara se revela como una mujer reconciliada, que ha hecho unidad en sí misma hasta el punto de que, en ese momento solemne, quiere estar a solas consigo misma ante Dios, hablando de Dios, pero consigo misma. Clara no tiene miedo a la soledad, ni siquiera ante la muerte, porque su soledad está habitada.

Ahora bien, ¿cómo llegar a este punto? El primer paso imprescindible es reconocer el amor con que hemos sido amados. Esto es lo que sugieren las últimas palabras de Clara: se sintió santificada, custodiada, amada, como bajo la mirada de una madre. Constatamos esta comparación con el amor materno, que volverá cuando Clara hable del amor fraterno. Clara lo aprende aquí, lo aprende de Dios, que nos amó primero (cf. 1Jn 4,10). En su primera carta, sin embargo, san Juan nos da una indicación preciosa al respecto: *Hemos conocido y creído el amor que Dios nos tiene. Dios es amor; quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios permanece en Él* (1Jn 4,16). *Conocido y creído*: es solo una relectura de la fe que nos permite descubrir el amor de Dios escondido en cada rincón de nuestra vida. Porque la vida es bella no solo si está entretejida con eventos hermosos, sino cuando somos capaces de reconocer a Dios presente en cada

acontecimiento, bueno o malo, que se nos da para vivir. Sin embargo, hay acontecimientos particulares -y ciertamente los hay en la vida de cada una de nosotras- en los que no se reconoce inmediatamente la mano bondadosa de Dios: se necesita la fe, esa fe *prometida en el bautismo* de la que ya hemos hablado (cf. Proc III, 23). Se necesita fe para saber que eres amada por Dios, como veremos más adelante; se necesita mucha fe para amar.

Es esta fe la que da unidad a la vida de Clara, esa unidad interior que es condición previa para vivir plenamente la santa unidad en la vida de la fraternidad. Esta unidad interior se construye en torno a la persona del Señor, que hace de eje de la personalidad de Clara y le permite realizarse plenamente como hija, como esposa y como madre. También observamos la sucesión de términos: somos primero hijas, luego esposas, luego madres, así como sucede en la vida biológica... y por lo demás, es la vida biológica la que es un reflejo de la espiritual. ¿No os parece que muchas de nuestras luchas en las relaciones surgen precisamente porque nos sentimos frustradas a este nivel, porque no nos sentimos mujeres plenamente amadas, y mujeres como hijas, esposas y madres? ¿Cuánto nos hace sentir nuestra vida de fe, nuestra vida con el Señor, nuestra consagración, en este sentido, hijas, esposas y madres amadas?

Es importante preguntárnoslo, porque de este primer paso depende el segundo paso, que es el de la restitución. De hecho, el verdadero amor está en sí mismo muy extendido, no se puede contener. Una vez que reconocemos que Dios nos ha amado primero, siempre, con insistencia, entonces brotará como un movimiento espontáneo del corazón a corresponder con la misma moneda. Y por otro lado, los términos hija, esposa y madre son términos de parentesco: se es hija, esposa y madre necesariamente de alguien. Cuando la relación es madura y adulta, en la relación uno recibe y da, mejor, uno recibe del otro y da al otro, uno es amado y amante a la vez. Pero es la plenitud del bien recibido lo que nos hace capaces de un amor igualmente total. De lo contrario, siempre nos sentiremos en deuda, y esperaremos de los demás lo que no creemos que se nos haya dado todavía.

Para Clara ese Alguien de quien se recibe y a quien se da es Dios, Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, como hemos visto. Al recibir de Dios, Clara se convierte en una mujer realizada, capaz de un amor adulto. Por eso queremos recorrer la vida de Clara y verla como hija, esposa y madre, tratando de comprender su camino de crecimiento hu-

mano y espiritual, sabiendo bien que, para nosotros cristianos, los dos planos están íntimamente vinculados.

Clara, hija custodiada

¿Cómo aprendió Clara a sentirse protegida? Hay una categoría que está muy presente en los escritos de Clara, la de la memoria. Pensad en el comienzo del capítulo VI de la *Forma Vitae: Después de que el Altísimo Padre Celestial se dignara iluminar mi alma con su gracia* [...] (RCI VI, 1; cf. también TestCI 24 ss.). Clara recuerda, hace memoria de la obra de Dios en su vida. Y esto también en un texto normativo como la *Forma Vitae*: primero recuerda sus inicios para luego explicar por qué va a dar ciertas indicaciones de comportamiento a las hermanas. Casi como diciendo: si te pregunto estas cosas -y hablará poco después de la altísima pobreza, personal y comunitaria, es decir, de algo muy importante para ella- es porque empecé aquí y he experimentado esto. Precisamente de esta costumbre de recordar brotará su *Magnificat*, el que pronunció poco antes de su muerte.

Y por otro lado, la memoria es una categoría bíblica por excelencia. Además, es la categoría que funda nuestra fe: cada día, renovando el sacrificio eucarístico, recordamos el amor que Dios nos tiene. Ese amor derramado sobre nosotros desde la cruz sigue derramándose hoy, en cada momento, e iluminando nuestra vida.

Así que una primera idea que nos ofrece Clara para recuperar nuestro espíritu de filiación podría ser esta: ¿qué conciencia tengo del amor con que Dios ha bendecido mi persona, mi vida? ¿Recuerdo acontecimientos, hechos concretos en los que evidentemente su mano paterna y providente se posó sobre mí? ¿Hasta cuándo siguen vivos estos acontecimientos en mi hoy y son capaces de motivarlo? Creo que todas hemos experimentado cuánto vale para nosotras contar en primer lugar nuestra historia vocacional, que es además nuestra historia de amor: al hacerlo seleccionamos los hechos que mejor expresan cuánto nos amó Dios... por eso quizá estaría bien contárselo de vez en cuando a nuestra alma.

Clara nos ofrece todavía otro punto de partida, y lo hace a través de su respuesta al hermano Rainaldo, el cual la exhortaba a la paciencia en la enfermedad, en los últimos pasos de su vida terrenal.

Desde que conocí la gracia de mi Señor Jesucristo por medio de aquel su siervo Francisco, ninguna pena me resultó molesta, ninguna penitencia gravosa, ninguna enfermedad, hermano carísimo, difícil (LCI 44).

Aquí me gustaría subrayar las palabras: *por medio de su siervo Francisco*. El amor de Dios se le manifestó a Clara a través de mediaciones, obviamente en primer lugar la de la persona de Francisco. Clara no teme reconocerlo, al contrario, sabemos bien con qué frecuencia aparece el nombre de Francisco en sus escritos: basta con señalar que en el capítulo I de la *Forma vitae* son 4 veces en solo 5 versos... ¡y esto es solo el comienzo! En el Testamento, Clara no hablará de Francisco sin definirlo *padre* (¡13 veces!), pero también *que era nuestra columna y nuestro único consuelo después de Dios, y nuestro apoyo* (TestCI 38), *nuestro fundador, plantador y ayuda nuestra* (ib. 48); en la *Forma vitae* será definida como su *plantita* (RCI VI, 3). Hay, por tanto, un reconocimiento sereno y convencido de una filiación espiritual, que de ningún modo se opone a la relación de Clara con Dios; de hecho, la promueve y la hace florecer.

Quizá también nosotras haríamos bien en preguntarnos qué mediaciones usó y sigue usando hoy el Señor: reconocer el don de la filiación, ver en ella la mano buena y providente de Dios y saber dar las gracias; y permanecer unidas espiritualmente a las mediaciones fundamentales de nuestra vida de fe, para mantener firmes sus raíces.

Este es el bien recibido. ¿Y la restitución por parte de Clara? Lo podemos encontrar en la ya mencionada respuesta de Clara al hermano Rainaldo: *ninguna pena me resultó molesta, ninguna penitencia gravosa, ninguna enfermedad difícil* (LCI 44). La respuesta fue la confianza, virtud fundamental, base necesaria para construir relaciones sanas y libres. Descansando en el don del amor recibido, Clara aprendió a confiar.

Hablaba de la fe que nos ayuda a reconocer la bondad de Dios incluso en las pruebas. La vida de Clara no fue una vida fácil. Cuando Francisco observa a las primeras hermanas, las ve fuertes ante *la pobreza, el cansancio, la tribulación, la humillación y el desprecio del mundo* (RCI VI, 2): quiere decir que todas estas cosas se vivían en San Damián. Pero ante los ojos de Clara no se cuestiona la paternidad de Dios y de Francisco, al contrario, se apoya en ellas y se encomienda para afrontar las pruebas con toda aceptación. Para decirlo con Job: *Si aceptamos el bien de Dios, ¿por qué no hemos de aceptar el mal?* (Job 2, 10).

Al igual que los dones de Dios, también las virtudes deben ser practicadas para que crezcan y no se vuelvan estériles: crecemos en la confianza mediante los actos de confianza, es decir, por el abandono confiado ante los diversos desafíos concretos que nos ofrece la vida.

Así maduró Clara: como hija del Padre, con esa tenaz determinación suya de vivir pobre, sin rentas y sin privilegios, para poder descansar solo en Sus manos (cf. Priv); como hija de la Iglesia y de la Orden, con su firme voluntad de vivir en la obediencia al Papa y a la Santa Iglesia Romana, por una parte, y a Francisco y a sus sucesores, por otra (cf. RCI I, 3 -4). Porque el fruto de la virtud de la confianza es tanto la pobreza como la obediencia, actitudes fundamentales para definir el clima de vida fraterna.

Clara esposa amada

Decíamos que Francisco ve a Clara y a sus hermanas como *esposas del Espíritu Santo* (cf. RCI VI, 3). Si pensamos, en cambio, en las cartas a Inés de Praga, vemos claramente que para Clara el esposo es el Señor Jesús (cf. CtaClara1 7.12; CtaClara2 1, 20.24; CtaClara3 1; CtaClara4 1.4.7.8.14.30). Una cita de la Carta de Francisco a los Fieles resuelve la aparente contradicción: *Estamos casados, cuando en el Espíritu Santo el alma fiel se une a Jesucristo* (2LFed 51). El Espíritu desposa el alma con Jesús, que luego se convierte en esposo, y esposo de carne para Clara.

Creo que esto es muy importante para cimentar nuestra vida espiritual. Necesitamos ser amadas, digámoslo claramente. Cada persona, y para nosotras las mujeres con un significado e intensidad muy particular, busca un amor que lo abarque todo. Si estamos aquí es porque en cierto momento de nuestra vida se nos mostró el amor de Jesús como el único amor capaz de satisfacer el deseo de infinito que llevábamos en el corazón, que ninguna criatura humana podía satisfacer. Pero entonces, ¿por qué, después de algún tiempo de vida en el monasterio, se despiertan dinámicas afectivas más o menos avasalladoras en virtud de las cuales volvemos a perseguir el amor de las criaturas? Os habrá pasado alguna vez decirlo con amargura: ¡Creía haber resuelto estas cosas en el momento de la entrada! ¡Y cuánto pesa esto negativamente en las relaciones fraternas!

No debemos escandalizarnos por esto, pues si leemos atentamente las *Fuentes* vemos que algo así debía de haber existido también en San Damián: si Clara habla de hermanas *afligidas* (RCI IV, 12), del peligro de que en los enfermos prevalezca *la enfermedad de la desesperación* (ib.); si la hermana Inés testifica en el Juicio que *si la*

dicha madonna Clara veía a una hermana sufrir alguna tentación o tribulación, la llamaba en secreto y la consolaba, llorando; y a veces se echaba a sus pies (Proc X, 5), luego significa que incluso en San Damián existía la posibilidad de dinámicas personales no serenas, que podían conducir a verdaderos momentos de crisis.

¿Qué faltaba, qué falta todavía hoy? ¡El amor de Jesús, o más bien, la fe en el amor de Jesús! Entonces, ¿cómo revivirlo? Este discurso es muy importante, porque somos mujeres consagradas, mujeres entregadas a un solo amor: es muy triste tener que comprobar que este amor no nos colma, pero no se trata ciertamente de un defecto del amante, que es Dios, que es el Amor mismo... el defecto solo puede deberse a nosotras.

Al decir cómo reavivar esta fe, hablaré de cosas que ciertamente se dan por supuestas, pero que tal vez sea bueno recordar en el presente de la Iglesia y de nuestras comunidades.

Tenemos muchos canales de gracia, diarios y seguros, a través de los cuales fortalecer nuestra fe en Jesús. Recuerdo el primero y más importante: la santísima Eucaristía. Clara es una mujer eucarística, la tradición iconográfica siempre la ha representado con la custodia en la mano, en recuerdo del episodio de la expulsión de los sarracenos (cf. LCl 21-22). Quizá no sea casualidad que Clara haya sido recordada así a lo largo de los siglos... su representación es siempre un *retrato de pareja*: con ella siempre está Jesús. Si queremos volver a encontrar a Clara, necesariamente debemos encontrarla a través de esta su *relación de pareja*. Por otro lado, para nosotras la Eucaristía es hoy la presencia viva del Hijo. Ahí debemos acudir a redescubrir la fe y el amor del pasado (cf. Ap 2,4): Clara nos sigue mostrando este camino seguro.

Los testimonios del *Proceso de canonización* nos hablan de la gran implicación emocional de Clara al recibir el Cuerpo del Señor:

con gran devoción y temblor recibía el santo sacramento del Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo, hasta el extremo de que, cuando lo recibía, temblaba toda (Proc II, 11);

lloraba copiosamente, sobre todo cuando recibía el Cuerpo de nuestro Señor Jesucristo (ibid. III, 7).

Por supuesto, se trata de gracias particulares que el Señor reserva para algunas almas: de hecho, sin embargo, el amor que nos llega cada día cuando recibimos el

Cuerpo de Jesús es exactamente el mismo. Decía antes que el esposo de Clara es un esposo de carne, más aun, de carne y sangre: así se manifiesta la concreción del amor de nuestro Dios, en la entrega de su Cuerpo y de su Sangre por nosotros, todos los días. Un amor, por tanto, que se toca sensiblemente, físicamente, capaz por tanto de satisfacer nuestra carne, en el sentido de la *sarx* paulina, es decir, toda nuestra humanidad, en su dimensión física y psíquica. Este es el amor que debemos tener siempre presente a lo largo de nuestro día. El Concilio enseña que

la liturgia es la cumbre hacia la que tiende la acción de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de la que emana toda su energía [...]. De la liturgia, pues, y particularmente de la Eucaristía, deriva en nosotros la gracia, como de su fuente (SC 10).

En este sentido, toda nuestra vida debe convertirse en liturgia, perenne acción de gracias al Padre, a través de esta plena comunión con el Señor Jesús: el sacrificio de la Misa debería desmenuzarse a lo largo del día, para hacer que nos sintamos siempre partícipes de la ofrenda y en la ofrenda de Jesús.

Este es el regalo de Jesús para nosotros. ¿Y nuestra respuesta? Para permanecer en esta profunda intimidad de relación, me parece que la respuesta puede ser principalmente esta: la adoración. El sentido etimológico del término *yo adoro* es *llevo la boca a*. También hay, pues, algo físico en la adoración, una participación de toda nuestra persona. Por supuesto se necesita la fe, pero al mismo tiempo es así como crece la fe, a través de este estar frente a Él, sin otro fin que contemplar su misterio de amor y de dolor. Clara es nuestra maestra en esto:

Durante mucho tiempo, después de completas, oraba largo rato con las hermanas, y en tanto que en ella se desataban lluvias de lágrimas. Y una vez retiradas estas a reponer sus cansados miembros sobre duras camas, ella permanecía en oración, despierta e infatigable mientras el sueño se había apoderado de las otras [...] Muchísimas veces, postrada rostro en tierra en oración, riega el suelo con lágrimas y lo acaricia con besos: diríase que tenía siempre a su Jesús entre las manos, llorando a sus pies, besándoselos (LCl 19).

Y por estar continuamente, apasionadamente, físicamente con su Señor, Clara podrá decir a Inés:

Fija tu mente en el espejo de la eternidad, fija tu alma en el esplendor de la gloria, fija tu corazón en la figura de la divina sustancia, y transfórmate toda entera, por la contemplación, en imagen de su divinidad.

Esto es lo que ella vivió, *de día y de noche* (Proc II, 9)... realmente noche y día, por decirlo así. En el sentido de que este espíritu contemplativo debe animarnos siempre, no solo cuando estamos en adoración silenciosa. Como hijas de Francisco que somos, debemos ver impreso en cada criatura el rostro de Jesús, que *lleva significado* de Él (Cant. 9), y, por tanto, hacer de todo nuestro tiempo una continua adoración a su misterio.

Me he detenido mucho en este punto porque me parece fundamental centrar siempre y continuamente nuestra relación con Jesús como un ámbito donde no se nos pide otra cosa que dejarnos amar para amarlo a Él también. Porque solo si una mujer es amada y amante puede ser fuente de amor para los que la rodean; solo de esta relación de pareja plena, en la que el esposo es Jesús, surge para nosotras la posibilidad de una verdadera maternidad en el espíritu.

Clara, madre próvida

Clara es recordada como *madre* por sus hermanas, pero según se deduce de las *Fuentes* también por los hermanos, por los clérigos, por el pueblo de Asís (cf. LCI 10a). Decíamos que el don de esta maternidad viene de su relación plena con Jesús. Más: Clara es ante todo madre del mismo Jesús. Algunos episodios del *Proceso* muestran claramente el don de esta maternidad espiritual suya. La hermana Francesca de Messere Capitaneo da Col de Mezzo nos cuenta que

había visto en el regazo de madonna Clara, ante su pecho, a un niño hermosísimo, de una belleza indescriptible, y la testigo misma, al verlo, sentía una indecible suavidad de dulzura. Y creía, sin género de duda, que aquel niño era el Hijo de Dios (Proc IX, 4).

La misma testigo asiste a una de las últimas comuniones que recibe Clara antes de morir, y le parecía que el Cuerpo del Señor era un niño pequeño y muy hermoso (ibid. IX, 10). La hermana Inés de Messere Oportulo de Bernardo de Asís, durante un sermón de fray Filippo de Atri, vio un niño muy hermoso junto a Santa Clara, y parecía tener casi tres años. Y temiendo ser engañada, se oyó decir en su corazón: *Yo estoy en medio de ellos, queriendo decir con estas palabras cómo el niño era Jesucristo* (ibid. X, 8). El Niño Jesús estaba bien con Clara, porque la percibía como madre: ¡todo niño busca espontáneamente una madre!

Pero no solo el Niño Jesús. El hombre busca la seguridad materna cuando está en situación de fragilidad, de inseguridad: cuando es joven y cuando sufre. En este sentido, la presencia de María en la vida de Jesús es indicativa: vemos el Cuerpo de Jesús en los brazos de María en Belén, y luego en el Calvario, en el momento del descendimiento. Por eso, no solo el Niño Jesús, sino también el pobre Crucificado busca en Clara a la amada, pero también a la madre, en cuyos brazos ser acogido en el momento del dolor. A este respecto, recordemos lo que dice Clara a Inés:

Considera, digo, el principio de este espejo, la pobreza de Aquel que es puesto en un pesebre y envuelto en pañales [...] Y al final del mismo espejo, contempla la inefable caridad, por la que quiso padecer en el árbol de la [...] Por eso, el mismo espejo, puesto en el árbol de la cruz, advertía a los transeúntes lo que se tenía que considerar aquí, diciendo: ¡Oh vosotros, todos los que pasáis por el camino, mirad y ved si hay dolor semejante a mi dolor! (CtaClara4 19. 23-25).

Jesús busca a Clara, la necesita, y Clara no duda: *respondamos, digo, a una sola voz, con un solo espíritu, a quien clama y se lamenta con gemidos: ¡Me acordaré en mi memoria, y mi alma se consumirá dentro de mí!* (ibid. 26).

Me parece hermoso situar aquí, dentro de este discurso de la solicitud materna de Clara, el aspecto ascético-penitencial, tan pronunciado en ella (cf. LCI 17-18). Me gusta -o al menos personalmente me ayuda- verlo nacer de este amor materno, más que esencial: ciertamente, una esposa para el esposo está dispuesta a cualquier sacrificio, pero el primer amor puede debilitarse, enfriarse (cf. Ap. 2,4), mientras que el amor de una madre no decae con el tiempo, porque lo que nació de tu vientre es algo que te pertenece para siempre, es parte de ti. Esto es lo que Jesús quiere ser para nosotros: en efecto, la Sagrada Comunión nos hace concorpóreos y de una misma sangre con Él. Y además

para Él los sacrificios nunca son suficientes para colmar lo que en nuestra carne falta a Sus sufrimientos (cf. Col 1. 24). Conocemos bien los sacrificios de los que es capaz una madre; realmente sabe olvidarse de sí misma por amor a su hijo.

Esto es lo que Clara nos pide: ¡dejar de lado nuestros instintos egoístas y egocéntricos, para ser de alguna manera madres de nuestras almas! En el fondo, este es el sano y maduro sentido de la penitencia: no preocuparse solo por satisfacer los deseos de la carne, sino estar atentos al bien del espíritu, de lo eterno, que no pasa. No es casualidad que Clara pida amar *sus almas*. La verdadera penitencia no es el desprecio de sí mismo, ni mucho menos: es el sano amor por nosotras mismas, el amor por lo que en nosotras está destinado a vivir para siempre, sabiendo que será nuestra alma la que extraerá el cuerpo después de la resurrección de los justos, y por lo tanto, es en su salvación en lo que debemos pensar. Esta lucha contra los instintos de la carne me parece más fácil para nuestra naturaleza rebelde si consideramos que hay un Hijo que custodiar, a quien podemos dar aquello de lo que nos privamos, sueño, comida, tiempo, gratificaciones emocionales, porque es Él quien vive en nuestra alma (cf. CtaClara3 21-23), y amándola a ella amamos le a Él, que es su Rey.

Así, pues, creo que el discurso del amor fraterno, de la santa unidad puede y debe partir de aquí. Veremos que Clara percibe realmente el cuerpo de las hermanas como el Cuerpo de Jesús, y las ama tanto como Él las ama, como una madre, pidiendo a las hermanas que hagan lo mismo. Y eso es de lo que nos ocuparemos más adelante. Pero era necesario no saltarse estos pasos de preparación, para que el amor fraterno no sea fruto de un puro esfuerzo de voluntad, sino que sea preparado por el don de Dios, que todo lo prepara para que seamos mujeres maduras en el amor.

(1/3 continuará)

*Acabóse de traducir esta obra
en la fiesta del apóstol San Bartolomé,
en la villa de Madrid,
el día 24 de agosto
del Año del Señor 2022.*